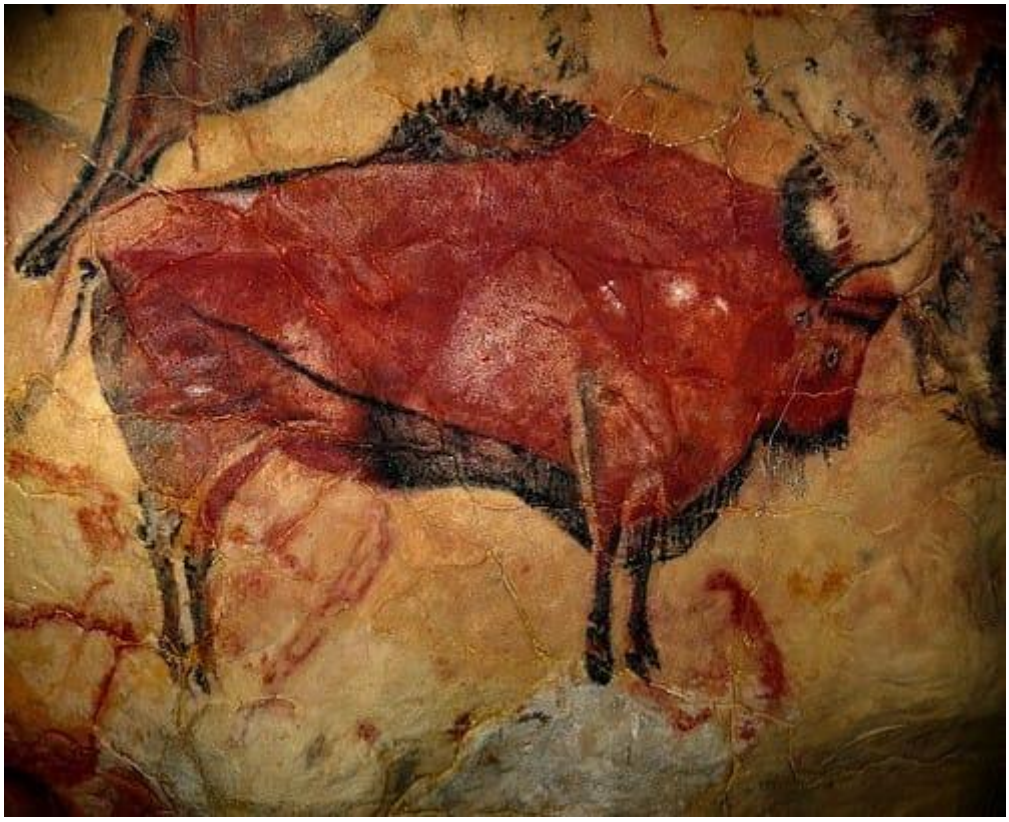
El gran desafío y la paradoja de la muerte: una reflexión crítica sobre la movilización de la conciencia

Contribución reflexiva y empírica[1]

Omar Abraham

Agosto de 2025

Parque de Estudio y Reflexión Paravachasca



[1] Agradezco a Mirian Barberena quien, como Penny Lane, se convirtió en mis oídos y mis ojos para que este escrito sea posible.

Contenido

Síntesis 3
Desarrollo 4
Parte 1: El gran desafío 4
Perpetua 6
So´Lo 6
Altamira 7
Abir 8
Parte 2: La paradoja de la muerte 9
Bibliografía 11

El gran desafío y la paradoja de la muerte: una reflexión crítica sobre la movilización de la conciencia

I'm looking for the face I had before the world was made

W.B Yeats

A Cynthia Fisdel

Síntesis

En el devenir de la experiencia humana, la conciencia no permanece estática ni indiferente frente a los retos y las circunstancias que atraviesa. La manera en que nos relacionamos con las tensiones internas y externas puede determinar si nuestra conciencia se adormece o se despierta en un proceso continuo de movilización. Entre los múltiples desafíos que enfrenta el ser humano, algunos se presentan como ideales casi inalcanzables, pero es justamente esa aspiración lo que puede dinamizar el pensamiento y la actitud vital.

Es común que en diversos ámbitos se planteen ciertas premisas y valores que, sin cuestionamientos profundos, se aceptan como verdades indiscutibles. Muchas veces, estas ideas funcionan como consuelos o seguridades que evitan la incomodidad del pensamiento crítico. Sin embargo, el riesgo de asumir algo como “ya sabido” o “ya logrado” es que la conciencia tiende a adormecerse, como si se instalara en un estado de complacencia o conformidad. Es en esa zona donde la capacidad de cuestionar y de movilizarse se debilita, y con ella, la posibilidad de crecimiento auténtico.

En este contexto, la no-violencia aparece como un ideal que, aunque se reconoce y se valora, resulta difícil de practicar en la vida cotidiana. Este contraste entre la aspiración y la realidad provoca un choque constante que obliga a la conciencia a permanecer alerta. El esfuerzo por vivir sin violencia, incluso sabiendo que no se puede alcanzar plenamente, genera una tensión dinámica que evita la parálisis mental y emocional. Es precisamente esa tensión, ese "gran desafío", el que actúa como motor para la movilización de la conciencia.

Por otro lado, otro de los temas que provoca profunda reflexión es la relación entre la vida y la muerte, un binomio inseparable que revela una paradoja compleja. Es frecuente en algunas escuelas de pensamiento la afirmación de que nada tiene sentido si la vida termina con la muerte. Esta visión, cuando se acepta de manera literal y sin matices, puede conducir a un sentimiento de vacío o nihilismo que adormece la conciencia, al hacer que todo esfuerzo y aspiración pierdan su valor.

Sin embargo, al profundizar en el análisis y considerar distintos niveles de conciencia, esa afirmación puede replantearse. En niveles más bajos de conciencia, la muerte es percibida como un fin absoluto, un cierre irremediable que borra toda continuidad y significado. Pero en niveles más elevados, la muerte puede entenderse de forma distinta, como un elemento que da sentido a la vida a través de su inevitable presencia, al tiempo que desafía y cuestiona esa misma vida. Esta doble condición, en apariencia contradictoria, es lo que configura la paradoja: la muerte es, simultáneamente, lo que otorga sentido y lo que lo quita.

Este replanteo invita a un ejercicio crítico que evite simplificaciones y que impulse a la conciencia a explorar y movilizarse frente a la complejidad de la existencia humana. Reconocer la paradoja no como un obstáculo, sino como un estímulo para pensar más allá de los límites inmediatos, puede abrir caminos hacia una comprensión más profunda y auténtica.

Así, tanto el gran desafío de la no-violencia como la paradoja de la muerte se presentan no solo como temas filosóficos abstractos, sino como fuerzas vivas que movilizan la conciencia y sostienen la búsqueda de sentido en un mundo lleno de contradicciones.

Desarrollo

Parte 1: El gran desafío

A lo largo de la historia humana, ciertos momentos clave marcan no solo avances técnicos o culturales, sino verdaderas transformaciones internas en la conciencia. La domesticación del fuego, la invención del alfabeto y el impulso por explorar lo desconocido no son meros hitos del progreso; son expresiones de una movilización más profunda del ser humano hacia su propio despertar. En estas acciones aparentemente prácticas —cuidar una llama, trazar un signo, avanzar hacia lo incierto— resuena un eco ancestral que revela una conciencia en expansión, capaz de intuir que lo esencial no reside únicamente en la utilidad inmediata, sino en la potencia simbólica y transformadora de esos actos. Este ensayo propone una mirada unificada sobre estas dimensiones fundacionales, entendidas no como episodios aislados, sino como manifestaciones sucesivas de un mismo impulso: la necesidad de trascender, de resistir al olvido y de vincularse con un sentido más amplio, donde el misterio, el asombro y el desafío interior conforman el verdadero hilo conductor de nuestra humanidad.

En este recorrido, el fuego ocupa un lugar originario. No es solo una chispa encendida por azar en la tormenta, sino la primera señal de que el ser humano podía conservar y luego producir aquello que la naturaleza ofrecía de manera fugaz. Aprender a cuidar el fuego no fue únicamente una estrategia de supervivencia; fue un acto de contemplación

y de poder simbólico. Alrededor de esa llama nacieron los primeros relatos, los primeros silencios compartidos y la intuición de que había algo más allá del hambre y del frío: un espacio para el misterio y para el encuentro. El fuego, en su calor y en su luz, inauguró la experiencia de lo sagrado y del tiempo, un tiempo que podía prolongarse mientras la llama siguiera viva.

Pero esa chispa inicial no se detuvo en la mera conservación. El hombre aprendió a producir el fuego: a crearlo con sus manos, a frotar piedras y maderas hasta hacer brotar una luz que ya no dependía de los *caprichos* del rayo o del volcán. Ese gesto transformó por completo su ubicación en el mundo. En ese instante, la naturaleza dejó de ser solo un límite para convertirse también en materia maleable; y en esa capacidad de generar calor y luz surgió una nueva pregunta: si el fuego podía ser creado, ¿qué otras fuerzas dormían en el interior del ser humano esperando ser despertadas?

El siguiente gran salto no se dio en el aire, sino en las paredes de piedra: las pinturas cavernarias como las de la Cueva de Altamira. Allí, en la penumbra iluminada por antorchas, las figuras de bisontes y manos pintadas revelan algo más que una técnica rudimentaria: expresan una conciencia que busca fijar en la roca lo que no puede retener en la memoria. Pintar en las paredes no era solo narrar la caza ni adornar el refugio; era crear un puente entre el presente y el porvenir, entre lo visible y lo invisible. Cada trazo es testimonio de una mente que empieza a percibir la continuidad de la vida, la herencia y la muerte, y que responde con símbolos capaces de sobrevivir a quienes los trazaron.

Más tarde, cuando la humanidad inventa el alfabeto, la transformación se profundiza. La escritura alfabética es heredera de esas manos en la piedra, pero da un paso decisivo al traducir el mundo en signos que ya no dependen del dibujo, sino del sonido y del pensamiento. Escribir no solo preserva; libera. Permite un diálogo con los ausentes, con los futuros, con los que jamás conoceremos. Al capturar la voz en líneas y curvas, el ser humano rompe el límite de la inmediatez y descubre una forma de inmortalidad: las palabras pueden cruzar generaciones y continentes, incluso cuando quien las pronunció ya no existe.

Estos hitos —el fuego conservado y producido, las imágenes en la roca, el alfabeto— no son capítulos inconexos. Son el mismo impulso en distintas etapas: el deseo de trascender el instante, de resistir al olvido, de hallar sentido en lo que parece caótico. Cada avance marca una movilización interior, una expansión de la conciencia que no se mide solo por la técnica, sino por la profundidad del asombro que la impulsa.

Y hay algo más que une estas etapas: todas nacen de un desafío que la humanidad tuvo que enfrentar y superar. La oscuridad, el frío, el miedo al olvido, la necesidad de comunicarse con los ausentes. En cada reto vencido, la conciencia se expandió un poco más y ese avance individual se convirtió en herencia colectiva, afectando a todos los que vinieron después. Es ese movimiento, nacido del obstáculo y transformado en posibilidad, el que ha guiado a la humanidad hasta hoy, recordándonos que lo

desconocido y el desafío son, en el fondo, el mismo motor que sigue encendiendo nuestra historia.

Perpetua

Perpetua, que no es simplemente una Homo erectus tallada en el tiempo, sino como el instante mismo en que una mente primitiva se quiebra y se expande. Su rostro, que imagino en una mezcla de asombro y tensión, refleja algo que nunca había sucedido antes: enfrentarse al desafío del fuego. Durante días lo había temido, lo había observado arder en la distancia como una bestia viva, impredecible. El calor la repelía y, al mismo tiempo, la atraía con una fuerza inexplicable.

Hubo un momento en que ese miedo dejó de ser barrera y se volvió impulso. La conciencia, forzada por la urgencia de sobrevivir, se movilizó. Perpetua se agachó, extendió la mano temblorosa, sintió el ardor en la piel y, aun así, no retrocedió. Con un gesto casi sagrado, llevó una brasa hasta la cueva y, al hacerlo, no solo encendió el primer fuego guardado: encendió una chispa distinta en su mente.

El desafío había sido vencido, y en esa victoria nació algo más que calor o luz: nació la certeza de que el mundo podía ser transformado. Y esa certeza —esa vibración interna— aún resuena en nosotros cada vez que nos enfrentamos a un obstáculo y lo atravesamos.

Perpetua nunca supo lo que había hecho. No pudo nombrar ese instante ni imaginar su eco en los siglos por venir. Solo sintió el alivio del frío vencido y la extraña quietud de un miedo que ya no pesaba igual. Pero en algún rincón de su mente, en esa vibración nueva que no entendía, tal vez intuyó que algo había cambiado para siempre, aunque no pudiera decir qué.

Mas ya tendría tiempo de considerarlo...

So´Lo

So´Lo no miraba el fuego como algo que debía guardar, sino como algo que podía crear. En su silencio de piedra y noche, no esperaba que el rayo golpeara el árbol ni que las brasas quedaran al alcance de la mano. Había visto chocar piedras y chispear destellos, había olido el humo de ramas secas al rozar con el calor, y en su mente comenzó a formarse una pregunta imposible: ¿y si el fuego pudiera nacer de sus propias manos?

Esa idea lo quemaba por dentro más que el fuego mismo. Durante días golpeó piedras contra piedras, astillas contra cortezas, hasta que el dolor en sus dedos se volvió parte del ritual. Cada intento fallido no era fracaso, era desafío: algo en su conciencia se movía y crecía con cada chispazo que moría en la oscuridad.

Hasta que un día la chispa prendió. El fuego nació frente a él, no como un milagro caído del cielo, sino como fruto de su propia obstinación. En ese instante, So´Lo no solo había encendido ramas secas; había encendido una nueva manera de ser humano. Lo que antes era don de la naturaleza ahora era creación propia. Y esa movilización de la conciencia, ese salto, todavía vibra en nosotros cada vez que transformamos lo imposible en posible.

So´Lo no alcanzaba a comprender el alcance de lo que había creado; apenas intuía que, en ese primer artificio, algo se había corrido dentro de él y de la naturaleza misma, como si sin saberlo hubiera abierto un sendero de intencionalidad frente a la naturaleza que, al vencer ese desafío, lo empujaba más allá de sus propios límites.

Más ya tendría tiempo de considerarlo...

Altamira

Estaba yo parado en el interior de la cueva de Altamira, rodeado por el silencio denso de la piedra y la penumbra, observaba esas figuras en las paredes y no sentía que estaba frente a una obra de arte. Más bien, tuve la impresión de que quien las creó, nuestro ancestro, estaba abrumado por una imagen que generaba una profunda tensión y emoción en su mente. Como si algo dentro de él se hubiera movilizado con tanta fuerza que necesitaba salir. Sintió la necesidad imperiosa de plasmar eso en las paredes, arrastrándose a través de un estrecho pasadizo con una lámpara de grasa, sin ser plenamente consciente de lo que estaba ocurriendo.

No era simplemente una actitud artística; era una expresión visceral, una movilización de la conciencia que trascendía el arte. Algo dentro de mí también se conmovió, como si hubiera conectado con esa misma energía antigua. Fue casi como experimentar una versión arcaica del llamado síndrome de Stendhal: una conmoción emocional y física provocada por la intensidad de lo que tenía ante los ojos. No era admiración estética. Era una forma de temblor interior, como si esa energía original, miles de años después, todavía vibrara.

Lo que esas figuras en Altamira revelan es el instante mismo en que la conciencia humana se moviliza y se enfrenta a un desafío profundo: dar forma a una imagen interna cargada de tensión y emoción, que necesita ser expresada más allá de lo visible. En esa movilización, el creador no sabía el alcance ni la dimensión de lo que estaba haciendo; su gesto fue espontáneo, una huella de superación abierta a nuevos territorios interiores, sin conciencia plena de su impacto. Y al estar yo parado allí, rodeado por ese silencio milenario, esa misma movilización se despertó en mí, generando un eco que trasciende el tiempo. De ese encuentro nació en mi interior el deseo urgente de compartir con otros lo que estaba viviendo, plasmando esa experiencia a través de la escritura. Mi emoción no es solo respuesta, sino continuidad de ese gesto ancestral, un

reflejo de cómo la conciencia, al movilizarse, se expande en intensidad y profundidad, venciendo límites y llamando a perpetuar ese camino de transformación.

Más ya tendré tiempo de considerarlo.

Abir

En Biblos, durante el reinado de Ahiram, en el cenit comercial del Levante, hubo un joven cuya chispa encendió una llama en la mente de todos los hombres. Lo llamaban Abir.

Al caer la tarde, se sentaba en el puerto fenicio a observar el ir y venir de los barcos cargados de maderas y especias. Veía las vasijas marcadas con dibujos hermosos, pero sentía en silencio que algo fallaba: cada palabra era un mundo entero de trazos difíciles de recordar. Mientras las olas golpeaban las piedras y las gaviotas repetían su canto, se preguntaba: ¿por qué dibujar las cosas si lo que oímos son sonidos?

Romper con la tradición de los ideogramas y jeroglíficos no fue un acto sencillo ni inmediato. Fue un desafío enorme, una apuesta a lo desconocido, una decisión valiente que implicaba abandonar lo seguro para abrir un camino nuevo. Abir comprendió que darle a cada sonido una marca propia significaba crear un lenguaje que podía ser entendido por cualquiera, un puente más accesible y universal que las imágenes antiguas.

Caviló largo tiempo hasta que, una noche, tomó una astilla de madera y, en la arena húmeda, trazó un signo para un sonido. Luego otro para otro sonido. Y supo entonces que esas pequeñas marcas podían unirse y formar cualquier palabra, cualquier nombre, cualquier historia. No eran dibujos de cosas, sino huellas del aire, ecos atrapados en piedra o barro.

Ese gesto, tan simple y silencioso, quebró siglos de costumbre y abrió una puerta hacia lo desconocido: el paso de los dibujos eternos a los sonidos capturados. Nadie lo vio, nadie lo celebró, pero en ese instante nació algo que viajaría más lejos que los barcos de su pueblo y que, con el devenir, alcanzaría a toda la humanidad.

Con el tiempo, nadie recordaría el rostro de Abir. Pero los signos que imaginó seguirían ardiendo en la mente de los hombres, como el fuego en manos de aquel ancestro sin nombre que encendió la primera llama en la noche del mundo. Y así, cada palabra que hoy pronunciamos lleva, acaso sin saberlo, la chispa de aquel instante sagrado en que nació el alfabeto, el desafío que cambió para siempre la historia de la comunicación humana.

Abir jamás supo la magnitud de lo que había iniciado. Quizás para él solo fue un juego de signos en la arena, un pensamiento fugaz en una noche cualquiera. Pero en ese gesto

mínimo rompió el cerco del tiempo y tendió un puente hacia quienes vendrían después. Sus sucesores perfeccionarían aquel hallazgo, y otros, siglos más tarde, ni siquiera imaginarían que todo había nacido de una chispa en el puerto de Biblos. Así, el desafío que comenzó en silencio siguió viajando, multiplicándose en cada voz que pronuncia, aún hoy, el eco de aquel primer trazo.

Más ya tendría tiempo de considerarlo...

Parte 2: La paradoja de la muerte

> *Tesis 7. Finalmente, la muerte parece imponer su naturalidad a la intencionalidad del ser humano y con su facticidad, por ahora ineludible, aparenta destruir todo futuro y toda libertad. Es la rebelión frente a ese hecho definitivo y frente a la enfermedad, la desigualdad y la injusticia, lo que da coherencia a la vida humana. No hay necesidad lógica alguna, dentro de estos planteamientos, que obligue al ser humano a aceptar el triunfo de lo absurdo de lo natural, sobre la intencionalidad y la libertad.*
>
> *Tesis del Nuevo Humanismo Universalista*

En el caótico mundo en que vivimos, marcado por la violencia, las guerras, los genocidios y el hambre, la realidad parece imponerse con brutalidad y desesperanza. Sin embargo, es en medio de esa tormenta donde la no-violencia se revela como un faro tenue pero constante, una llamada urgente a movilizar nuestra conciencia. No se trata de un ideal lejano o inaccesible, sino de un compromiso persistente que, en su tensión y esfuerzo, despierta la capacidad de trascendernos a nosotros mismos. Insistir en la no-violencia es entonces sostener la llama de una esperanza que desafía la oscuridad, un acto que abre la puerta hacia la posibilidad de un cambio profundo, no solo en el mundo que nos rodea, sino en la esencia misma de nuestro ser.

La no-violencia como la forma más elevada de movilización de la conciencia, un desafío que, aunque difícil de alcanzar plenamente, impulsa un crecimiento profundo y auténtico. No se trata solo de una estrategia externa para evitar conflictos, sino de una práctica ética que transforma desde adentro la manera en que nos relacionamos con nosotros mismos y con el mundo. Al insistir en la no-violencia, la conciencia se activa, se tensiona y se supera, enfrentando el desafío que implica vivir en coherencia con valores que, lejos de ser simples ideales, se convierten en fuerzas vivas capaces de guiar la evolución personal y colectiva. Así, la no-violencia no es solo un objetivo moral, sino un camino dinámico hacia la superación y el despertar constante de nuestra conciencia.

También esta propuesta nos invita a asumir la paradoja de la muerte como un llamado a centrarnos en la experiencia viva, en la reflexión sincera que no se enreda en complicaciones inútiles, sino que toma como referencia aquello que, como en la obra de Silo, señala el camino hacia una conciencia en movimiento. Desde esa perspectiva, el sentido no es algo dado o impuesto, sino una construcción que brota del encuentro directo con la vida y sus tensiones.

Reconocer esta verdad implica aceptar que la finitud y lo desconocido no son obstáculos que debamos eludir, sino fuerzas que nos desafían a vivir con autenticidad, creatividad y responsabilidad. Así, el desafío mayor no es resolver la paradoja de la muerte con certezas absolutas, sino dejar que esa paradoja nos movilice hacia una vida plena, consciente y abierta a la riqueza de lo cotidiano.

En definitiva, tomar como guía esa experiencia nos permite transformar el gran desafío y la paradoja de la muerte en una oportunidad para afirmar la libertad de construir sentido, paso a paso, aquí y ahora, sin perder la conexión con lo real y lo vivido, siempre en movimiento, siempre despiertos.

La muerte, en su inexorable presencia, se erige como el enigma último que enfrenta la conciencia humana. Desde los albores de la historia, la finitud ha marcado la experiencia vital, imponiendo un límite insoslayable que desafía cualquier intento de dominio o negación. Pero esta imposición no es meramente un cierre, sino una tensión dinámica que convoca a la conciencia a un diálogo consigo misma, una invitación a interrogar el significado más profundo de la existencia.

En el plano más inmediato y terrenal, la muerte se percibe como el fin absoluto, un vacío que se traga toda continuidad, una sombra que eclipsa cualquier aspiración o logro. Esta visión, que es a menudo la dominante en la experiencia cotidiana, encierra un riesgo existencial: el nihilismo que puede derivar de asumir que la vida carece de sentido porque es efímera y limitada. Sin embargo, el pensamiento crítico y la introspección profunda revelan que esta conclusión es sólo un aspecto de una realidad mucho más compleja y rica en matices.

Al elevar el nivel de conciencia, la muerte se revela también como el marco que da forma y profundidad a la vida misma. Es el límite que define la temporalidad, y en esa definición, otorga valor y urgencia al instante vivido. Sin la muerte, la vida perdería su tensión, su carácter único e irrepetible. La paradoja, entonces, se manifiesta en esta doble condición: la muerte es a la vez el fin que despoja y la frontera que habilita sentido.

Esta paradoja puede entenderse como una danza entre opuestos, un movimiento perpetuo que desafía la lógica lineal y simplista. La muerte, lejos de ser una enemiga que anula, se convierte en una fuerza creativa que insta a la movilización de la conciencia hacia una comprensión más profunda del ser. En esa movilización, el ser humano no sólo

enfrenta su destino, sino que transforma su relación con el tiempo, el valor y la trascendencia.

Desde esta perspectiva, la muerte es también un misterio que invita a la contemplación poética y filosófica. Es el eco silencioso que resuena en cada instante, recordándonos la fragilidad y la grandeza de la vida. En su sombra, la conciencia puede despertar a una vivencia más plena, más consciente de la maravilla contenida en lo efímero. La paradoja no es, por tanto, un obstáculo que paraliza, sino una fuente de movimiento y renovación.

En definitiva, la muerte, con su doble faz, desafía a la conciencia a romper con la complacencia y el adormecimiento, impulsándola a un despertar que va más allá del miedo y la resignación. Reconocer esta paradoja es aceptar la complejidad de la existencia, abrazar la tensión vital que sostiene la búsqueda de sentido y abrirse a la posibilidad de un conocimiento que integra la finitud y la eternidad en un mismo gesto.

Bibliografía

Amman, Luis (1991). *Autoliberación*. Buenos Aires. Planeta

Camus, Albert (1985). *El mito de Sísifo*, Madrid, Alianza Editorial. (Ed. Original 1942)

Silo, "Charla de la Piedra", Santiago, Chile, 19 de Noviembre de 2003. Disponible en https://www.elmayordelospoetas.net/2003/11/19/charla-de-la-piedra/

Spengler, Oswald (2014). *La decadencia de Occidente*, Austral Editorial. (Ed. Original 1923).